por las dádivas que les dieron estando con Cacamatzin, consultando las cosas de la guerra, le prendieron, sin que bastase su resistencia ni el sentimiento que hacía, afeando el caso. Y antes que el negocio se entendiese, de presto por la laguna le trajeron a Mexico, y en unas andas, vestido realmente, le metieron en el aposento de el rey; pero no le quiso ver, antes le mandó entregar a Cortés, que muy contento, viendo el peligro asegurado, le puso a recado y a cabo de pocos días le dieron garrote secretamente, y así tuvo fin este gallardo mancebo, último rey de los aculhuas de los que fueron heredando aquel señorío por legítima sucesión y herencia. Y otro día, por consejo de Motecuhzuma, fue nombrado por señor de Colhuacan Cuicuitzcatl, hermano menor de Cacamatzin, que con el tío (huido de su hermano) estaba en Mexico, y Motecuhzuma le dio el título y corona de rey con la solemnidad que se usaba. Díjole que mirase que adelante le quería tener en lugar de hijo y que, afrentado de su hermano, se había ido a meter en su palacio sin pensamiento de llegar a tan alto estado, y que pues lo había alcanzado siendo él vivo lo tomase por aviso para no apartarse del deber, porque no había espada con que más se degollasen los reyes que con vivir mal y creerse de lisonjeros; los cuales metían a los príncipes en cosas de que después se arrepentían sin remedio. Cuicuitzcatl le besó la mano, prometióle obediencia, volvióse a Cortés, diole las gracias y ofreció de ser su amigo y servidor.

CAPÍTULO LVII. *De cómo Cuicuitzcatl entra en Tetzcuco y es recibido por rey, y de un saco que hace la gente de los castellanos en las trojes de cacao de Motecuhzuma*

UVO GRAN SENTIMIENTO Cacamatzin cuando supo que el hermano era señor de su estado y estuvo muy al cabo y Cortés le tenía en buena guarda, porque había muchos que deseaban volverse a Tetzcuco. Envió Motecuhzuma dos embajadores a la ciudad para que avisasen de la nueva elección, mandóle acompañar de muchos de su corte, y Fernando Cortés envió algunos de los más principales castellanos, habiéndole acompañado Motecuhzuma y Cortés hasta la puerta de Mexico. Fue recibido en Tetzcuco con arcos triunfales, danzas, música y otras alegrías. Llevábanle en andas; a la entrada de la ciudad, los de el gobierno le tomaron sobre sus hombros y llegado al palacio un caballero, el más viejo, le puso en la cabeza una guirnalda de flores y le hizo (estando todos con gran silencio) un razonamiento que en sustancia contenía que bien había visto que hallándose sirviendo a Motecuhzuma, como cualquiera de sus maestresalas huido de su hermano, los dioses por su clemencia le habían puesto en tan gran dignidad, que ni mudase su noble condición, pues que lo principal que debían los reyes procurar era el amor de sus vasallos y que todos los que allí estaban le miraban alegres de verse libres de el duro demonio

de su hermano; que se regocijase, pues comenzaba a reinar en contento de todos; que se tratase como rey; viviese a su placer muchos años; que toda la república le recibía por su señor, venerándole como a Dios, acatándole como a padre y que se le encomendaba como hijo y muchas veces le saludaba dándole la enhorabuena de su llegada. Respondió el rey, dando muchas gracias a Dios por haberle librado de el señorío de su hermano, por haberle dado tal lugar, por haber entrado con tan buen pie y que les agradecía su voluntad y ofrecía de amarlos y tratarlos como a hijos naturales para procurarles todo su bien, y que pues el gran Fernando Cortés le había puesto en estado, les mandaba y rogaba que le honrasen y respetasen porque se confesaba por deudor suyo. Hechas otras ceremonias la gente se fue y quedó remediado el peligro en que Cortés se hallaba.

Estando Alonso de Grado desabrido con Cortés, por haberle quitado el cargo de la Vera Cruz, y deseando hacerle algún mal enojo, tenía un hombre en la costa para ser avisado si llegaban navíos de Diego Velázquez. Entendido por Cortés envió por él, metiéronle por el patio, las manos atadas, con soga al cuello y en entrando tocaron las cajas y hubo gran grita, porque así estaba concertado para hacerle más vergüenza; tratóle Cortés mal de palabra, díjole que si no le hiciera lástima le mandara ahorcar; mandóle echar preso y por ruegos de Pedro de Alvarado y de otros, desde algunos días le mandó soltar. Hecho este castigo (cosa bien nueva para muchos indios principales que lo vieron) reprehendió a Alonso de Grado; y sucedió entonces que hasta trescientos indios y indias de Cortés, entraron en una casa de cacao, de Motecuhzuma, adonde había más de cuarenta mil cargas, que era gran riqueza (y ahora lo es más), porque solía valer cada carga cuarenta castellanos y toda la noche acarrearon al cuartel; y habiéndolo sabido Pedro de Alvarado dijo a Alonso de Ojeda que aquella noche guardaba a Motecuhzuma que en acabando su cuarto le avisase, porque quería tener parte en el cacao; hízolo así y fue allá con cincuenta personas que cargaron de ello. Estaba el cacao en unas vasijas hechas de mimbres, tan grandes como cubas, que seis hombres no las podían abarcar; estaban embarradas por dentro y por de fuera y asentadas por orden como cubas; servían de trojes para el maíz y otras semillas y se conservaba bien en ellas; tomáronse aquella noche seiscientas cargas y no se vaciaron más de seis vasijas; pareció otro día el rastro de el hurto, mandó Fernando Cortés hacer pesquisa y si no hubiera intervenido en ello Pedro de Alvarado, hiciera rigurosa demonstración, aunque a solas le dijo su parecer, reprehendiendo el caso.